

siempre ha creído con fe intrépida y entera, esperado con firmeza, y amado con vehemente caridad. El amor que con filial ternura ha tenido siempre á la Virgen Santísima, él mismo lo cree la prenda más segura de su eterna salvación.

Hasta hace poco tiempo se conservaba con salud completa; pero las pérdidas tan dolorosas que últimamente ha sufrido, con la muerte de miembros muy queridos de su familia; la necesidad que tiene de seguir trabajando en penosos y difíciles negocios; el peso siempre grave y abrumador de los años que han transcurrido se la han quebrantado, y tornado en dulcemente melancólico, su carácter.

Recordamos sus propias palabras en la última vez que le hablamos: "Estoy, nos dijo, profundamente desengañado del mundo y de sus vanidades. Ya nada espero de la tierra; pero tengo como Job, una grande esperanza depositada en mi pecho: la de ver con ésta mi propia carne á mi Redentor por toda una eternidad feliz."

"No hablen ya de mí ni bien ni mal, nos agregó, silencio y olvido es lo único que espero y le pido á todas las glorias falaces de este mundo."

Conocemos desde hace mucho tiempo al Sr. Cuevas y estamos seguros de la sinceridad de sus palabras. Respetamos, pues, sus sentimientos, y obsequiamos sus deseos.



DISCURSO

pronunciado en la

ASAMBLEA GENERAL DE LA "SOCIEDAD CATOLICA"

de México, el 8 de Diciembre de 1869.



ILMO. SR. :

SEÑORES :

MARIA! Madre sin mancha y Virgen pura, ¿cómo hablar de tu sér immaculado, nosotros los hombres miserables, cuya mente es de lodo y cuyo corazón es cieno inmundo? ¿Cómo hablar de tí que eres toda pureza, con inteligencia humana cubierta de tinieblas y circuida de sombras, con un seno henchido de pasiones y pecado, devorado de estúpidos deseos, desgarrado por el dolor y los remordimientos? ¿Cómo hablar de tí con lengua de tierra y con palabras percederas que se lleva el viento como hojas marchitas que arrastra el remolino?

Si tuviéramos al menos un aliento tan puro como el de los niños y tan perfumado como las brisas de la primavera; ideas tan claras como el brillante y como la gota de agua; sentimientos tan limpios como los rayos del sol y los albores de la mañana; un acento con murmullos de armonía tan suave como los del arroyo que se desliza bajo la yerba, ó los del viento cuando comienza á desplegarse; si la tierra entera nos prestase al menos sus armonías y sus bellezas todas para pronunciar tu dulce nombre. . . Mas ¡oh Madre adorada! ni aun así podríamos pronunciarlo dignamente.

¿Cómo hablar de la Madre de su Criador el hombrecillo vil, cómo pronunciar su nombre santo sin estampar su frente sobre el polvo, cuando el querubín se postra al pronunciarlo, y al oírlo los serafines y los ángeles, inclinándose reverentes, inundan los cielos con sus cánticos?

¡Perdoña, Madre, si manchamos tu nombre al pronunciarlo con nuestros inmundos labios! No merecemos ser ni el polvo que tú pisas. Mas ya que eres tan buena y que nos amas tanto, permite, Madre, que be-

sando humildes la tierra de que fuimos formados, y doblando sumisos la rodilla, podamos, arrebatados en alas de fúlgida fe, consumidos hasta las entrañas y la médula de los huesos por el fuego de la caridad, podamos atónitos de admiración, hablar de tu pureza; trémulos de reverencia, entonar con una voz más potente que la de las tempestades y la de las cataratas, con más sonoro acento que el del huracán impetuoso y el de la mar embravecida, un himno de amor en tu alabanza! ¡Oh Madre, Madre, abre tu poderosa mano y envía un rayo de vívida luz que venga á estrellarse, haciéndolas fulgurar, sobre nuestras frentes; un dardo de fuego que, inflamándonos, venga á traspasar nuestros corazones!

María fué pura desde el primer instante de su sér. En ella se quebró la ley funesta de la culpa trasmisiva; no llegó hasta su alma, más blanca que el lirio, el aliento infecto de Satán; no empañó á su espíritu, más limpio que el espejo de los lagos, el turbio vaho del pecado. La fe infalible, ha impreso su sello inmortal en la pureza de María. Es como la aurora su pureza; ella

inunda de luz los cielos y la tierra; radiante como el sol, que hasta los ciegos sienten su presencia, ella fulgura para su tremendo castigo hasta sobre la estigmatizada frente de Luzbel y las de los inmensamente infortunados precitos.

La pureza de María es una verdad de sentimiento. Aun antes de que la fe la in-crustara en su símbolo divino, estaba ya en la conciencia de la humanidad como un artículo de sus creencias, y todas las generaciones cristianas le habían levantado altares para adorarla en el fondo de sus corazones.

María fué pura desde el primer instante de su sér. Hoy es un día de paz, de irradiaciones y de luz. La argumentación es polémica y la controversia es siempre, aunque fingida, una sombra de duda. No mancharemos con esta nube el limpio azul del cielo de nuestra fe. No queremos demostrar lo que nadie puede ya dudar; lo que creemos todos á prueba aun más allá de la sangre y del fuego, de la vida y de la muerte. Queremos, Madre, con tu santo auxilio y en tu santo nombre, como separando con ambas manos los velos que tejen

en torno nuestro la disipación, los afectos de la tierra, los ruidos mundanales, los dolores de nuestra conciencia, y el peso sobre todo de nuestra naturaleza enferma; rompiendo por un momento el frío engaste de nuestra mortalidad, y como anticipándonos la eternidad gloriosa, queremos con el alma toda hundirnos en los deslumbramientos inefabables de tu pureza inmaculada. Deja, Madre, que arrojando al suelo este pesado ropaje de vida perecedera, que nos oprime y nos sofoca, con sólo el alma entonemos un himno en tu alabanza, sonoro y dilatado como los hosannas de los bienaventurados en el cielo!

María fué pura, porque su excelso sér y el pecado eran incompatibles. Su alma purísima y la culpa eran inconcebibles en una sola entidad, como no se conciben un haz de tinieblas entretejido en haces de luminosas ráfagas, ni una nube sombría en el foco de una irradiación esplendorosa. María fué inmaculada porque no cabía mancha alguna de culpa en la criatura más perfecta en sí misma, más poderosa y más digna de la creación toda; en la criatura por excelencia, la formada por el Hacedor

Supremo, con un vuelo, con impulso, por decirlo así, de amor y de poder divinos, mayor que otra criatura alguna de cuantas han brotado de la indeficiente omnipotencia del Señor.

La pureza de María, lo inmaculado de su sér, aun antes de persuadirlo, se adivina. Es una verdad que basta para sentirla, como cerrando los ojos del alma, recogerse en espíritu é interrogarle á la parte más superior y más espiritual de nuestro sér íntimo, á ese sopro divino que nos anima y con el que pensamos y amamos, ¿quién es María? ¿hasta dónde se eleva su dignidad incomprendible de Madre de Dios, de un Dios Infinito?

La demostración, pues, más espléndida de su pureza, el himno humano menos indigno de ella, que puede entonarse en su honor, es meditar en la excelsitud de su naturaleza, admirándola atónitos desde el insondable abismo de nuestra baja.

Hablemos con su gracia un momento de las altísimas perfecciones de la madre de l Señor; pero hablemos de ellas como si meditáramos en voz alta y como si orásemos en coro. Después de pensar en ellas, inútil

será toda demostración de su pureza; nuestro corazón nos dirá á gritos que no cupo en ella mancha alguna.

Después de la santísima humanidad del Redentor, María es la criatura más perfecta y hermosa de toda la creación. Si saliéramos de las más densas tinieblas á la vivida luz del sol reverberante, tal vez quedaríamos ciegos. No puede fijarse el alma de golpe y de repente en la grandeza de María, sin sentirse sobrecogida y deslumbrada: por grados, necesitamos subir hasta el más excelso de los seres criados. María es el eslabón último de la inconmensurable cadena de la creación. No se entra al santo recinto de un templo sin subir por los escalones de su frontispicio. Contemplemos á los otros seres, sean éstos los peldaños que nos eleven hasta el trono de la Madre del Altísimo. Arrojemos una vastísima mirada sobre las magníficas obras del Señor.

¡Qué grande, qué bello, qué magnífico es todo lo que ha salido de sus manos! Cuando recogemos nuestro espíritu, y las contemplamos con atención, todas las obras del Señor nos admiran y sorprenden, y nos parecen buenas y muy buenas, según la ex-

presión tan sencilla como sublime de la Biblia.

Aun nuestra cárcel, nuestro pequeño grano de arena, este globo que habitamos durante nuestro destierro; aun él que es un átomo imperceptible en el conjunto de la creación, es en sí mismo grande, esplendente y bello.

Tiene sus mares donde se extienden inconmensurables sábanas de espumas, donde se levantan montañas inmensas de cristal: donde un flujo y reflujo constante de las aguas, semeja el fatigoso aliento de la tierra, ó el péndulo enorme que mide su duración. También tiene sus piélagos de arenas, donde en raudos remolinos se levantan olas de polvo ardiente, tan grandes como una ciudad populosa, y también como un reino dilatado. Hay en ella bosques tan nutridos y extensos que apenas penetran á través de sus gigantes árboles los tenues rayos de la luz. y que en su fondo, tan húmedo, tan solitario y sombrío, cesando todo ruido del vital oleaje, se cree con pavor escuchar el silencio de lo eterno y de lo inmenso. También hay ríos que caminan y caminan atravesando países habitados por

hombres de distintas lenguas, y que tienen la tez, los ojos y el cabello teñidos de diverso modo. Estos ríos, cuyo origen se pierde en las altas cumbres de inaccesibles serranías antes de confundirse en los océanos, se les mira á veces tranquilos como una linfa inmóvil de plata; y otras espantosamente irritados, precipitarse frenéticos por entre peñascos altísimos y agudos, formando hirvientes cataratas que mágicamente se deshacen en aristas de fuego, copos de nieve, haces de luz, brumas deslumbrantes, lluvias de perlas, tejidos de espuma y raudales de brillantes.

Como una virgen muy bella se envuelve en sus tupidas gasas, así la tierra se envuelve en su atmósfera azul. El éter sutil é impalpable, que al contacto del fuego solar se funde en oro, liquidándose en plata al pálido fulgor de la luna; semeja en su inmovilidad una alta bóveda de esmalte, ó en sus agitaciones tempestuosas, en que se aglomeran masas informes de densos vapores, remeda los elementos primeros de la vasta creación, surcando veloces el caos insondable, llenando obedientes el oscuro vacío á la palabra creadora de su

Supremo Hacedor! En ese éter tan tenue y tan suave, es donde duermen callados los vientos; donde despiertan gimiendo las brisas que mecen las mieses y besan las flores; donde se suelta el veloz huracán, que al volar hace un ruido espantoso, como si un monstruo gigante agitase frenético sus alas enormes. Bello es en noches tranquilas escuchar las armonías encantadoras de auras vagarosas, que parecen brotar de las arpas célicas de algunos ángeles bienhechores, que bajan con las sombras para arrullar con mágicos concientos el dulce sueño de la tierra fatigada! Bello es también escuchar despavoridos cómo el vendabal arrebatado muge al desgarrarse entre los peñascos salientes de la montaña, y al estrellarse bramadora su potencia contra los agrupados árboles del bosque espeso.

¡Todo es grande y hermoso en la naturaleza! Nuestros fatigados sentidos y nuestra alma languidecente se han laxado por la desobediencia. Sólo así puede explicarse que presenciemos en una impasibilidad estúpida las escenas que se suceden sin cesar á nuestra vista. Los mares y los vientos, el alto cedro que se cimbreaba en las cumbres

de los montes, y la violeta silvestre que esparce su delicado aroma á la sombra y la humedad de la silenciosa ladera; los pájaros de resplandecientes plumajes, que despliegan al sol los iris de sus mágicos matices, los insectos que deslumbran en la oscuridad de la noche como brillantes voladores, los cetáceos dominadores de los mares salobres, y los peces que arrebatan la corriente de los bramadores ríos; los brutos que viven sobre la tierra, el buey que la fecunda abriéndola en profundos surcos; el perro, nuestro grande amigo; el caballo, ese caballo de fuertes remos, cuello erguido, espumoso encuentro y aliento resonante, con el que devoramos el espacio, y domamos el trabajo y la fatiga. Las aguas que corren murmurando, las brisas que vuelan gimiendo, los árboles y plantas que llevan en su propio seno el germen de su reproducción, la luz, ese fluido misterioso, ese éter impalpable que todo lo colora y embellece, el calor que todo lo fecunda, la electricidad que lo agita, la atracción que todo lo sujeta; qué bello y qué sublime es cuanto nos rodea, cuanto vemos y palpamos, oímos y sentimos.

Bueno es el Señor Omnipotente, que por lugar de destierro, que como valle de lágrimas nos ha dado tan espléndido palacio. Si éste es el destierro, ¿cómo será la patria? Si éste es el lugar de llanto, ¿cómo será la mansión de dicha plena y de ventura eterna? ¡Bendito seas Dios nuestro, que has criado tan grandes maravillas! Excelente y magnífica es la tierra que habitamos los hombres, tus hijos queridos.

Ella en toda su grandeza, ¿qué es, sin embargo, en el conjunto de la creación? ¡Atomo de polvo perdido en el espacio! ¿Sabéis cómo está el vasto firmamento? ¿Sabéis cuán grande es y los mundos que hay en él, los sistemas que lo pueblan y las nebulosas que lo inundan? ¡El espacio! ¡Su sola idea abrumba y aterra! Cerrad los ojos, ¿qué véis? Oscuridad adelante y atrás, á la derecha y á la izquierda.... Alejad en la imaginación el horizonte de esas tinieblas; alejadlo más, tornad á alejarlo mucho más.... ;pero es inútil vuestra fatiga; por más que lo alejéis tendréis siempre delante nuevos horizontes de tinieblas, nueva oscuridad, siempre el vacío..... ¡así es el espacio!

El sol inflama el éter durante el día y lo trasforma en un fluido de oro, en un tejido de llamas que, deslumbrándonos, nos ciega falazmente con una venda de luz. La noche, verdadero día del firmamento, es la que nos deja contemplar los astros que ruedan en el silencioso vacío, la que nos abre de par en par las sublimes páginas de los cielos, escritas con caracteres de estrellas.

La noche con su imponente silencio, con su reposo sublime, mostrándonos los secretos insondables del firmamento, engrandece nuestro espíritu y lo eleva hasta los lindes inabordables, donde el tiempo se replega sobre sí mismo al estrellarse en la eternidad, hasta donde el espacio parece engastarse en la inmensidad que lo devora, como absorbe sus aguas un remolino insaciable.

La noche nos parece, contemplada con nuestros débiles sentidos, un inmenso manto azul, bordado de blancas nubes que remedan los realzados niveos de esa labor inconmensurable; recamado de tembladores brillantes, de rubíes, de zafiros y de topacios que oscilan quebrando al cintilar

las ráfagas de sus luces vívidas. ¡Oh! nunca la ficción es tan bella como la realidad. No hay poesía comparable con la poesía de la verdad misma. Las estrellas, que nos parecen clavos de plata tachonando el firmamento y como hundidos en él, vedlos bien y no son sino cuerpos aislados flotando en el vacío!

La magnitud de esos astros espanta, abruma las distancias á que se encuentran, el espacio que recorren, y el número de ellos anodada. La luna es nuestra más próxima vecina, la tenemos á la mano, y dista cien mil leguas: el sol no está muy lejos, y dista de nosotros treinta y seis millones, y sin embargo está ahí luego; él, es el centro de nuestro sistema planetario. Saliendo de él, todo cálculo se pierde y toda cifra se agota. Contemplad si podéis, la distancia á que se hallan de nuestro globo algunos cuerpos celestes. La luz recorre setenta y dos mil leguas por segundo. Si cabalgando sobre un rayo de luz, más raudos que el pensamiento, nos lanzáramos al espacio, para llegar hasta algunos astros, emplearíamos algunos millares de siglos en nuestro camino. Llegados á ellos, ten-

dríamos delante de nosotros muchos otros. dos y tres, y mil, y un millón de veces más distantes que ellos. ¡La imaginación se fatiga al considerar tales distancias!

Pero espanta aun más el espacio inconcebible que recorren. Las estrellas, alejadas las unas de las otras por distancias semejantes, giran en los espacios, arrebatadas por una velocidad mayor que alguna de cuantas podemos concebir sobre la tierra. Hay soles de esos universos lejanos que recorren veinte leguas por segundo, arrastrando en su carrera millares de estrellas tributarias. Cometas han venido á visitarnos, que para tornar á vernos han empleado en completar su órbita siglos enteros, recorriéndola veloces como un torbellino luminoso. Otros cuerpos celestes sólo nos han visto una vez, y quién sabe si al volver ya no encuentren á nuestro sistema, que va también girando y hundiéndose en nuevos abismos del espacio.

¿Qué fuerza es la que hace rodar tantos mundos, la que pone en rápido giro tantos y tan enormes universos? “Fingiéndose un dado, dice un astrónomo ilustre, gigantesco, cuyas aristas tuviesen cada una un kilóme-

tro de largo, su volumen sería de mil metros cúbicos." Para formar un volumen igual al de la tierra, sería necesario amontonar mil millares de millones de kilómetros cúbicos. Su peso sólo puede expresarse con un número escrito con decenas de cifras. Y sin embargo, la tierra es un grano de anís. Si quisiéramos contrapesarla con el sol, tendríamos que colocar en uno de los platillos de la balanza del firmamento al sol, y en el otro trescientos cincuenta mil globos terrestres, para intentar equilibrarlos. El sol, á su vez, es una simiente de mostaza comparado con los soles de otros universos lejanos. Se siente que la razón se extravía al considerar las moles enormes, las magnitudes inexpresables por la contabilidad humana, de esos luminosos viajeros del espacio!

Pero nada hay, no puede haber cosa alguna más pasmosa que su número. Millares de estrellas forman una constelación, millares de constelaciones un sistema, millares de sistemas una nebulosa.... millares de millares de millones de nebulosas recorren el vacío. Algunos universos de estas nebulosas son de una naturaleza ente-

ramente distinta de nuestro sistema planetario. Nosotros no tenemos más que un sol cuya luz es blanca; mundos hay que están alumbrados á la vez por dos y más soles, por soles rojos y azules, y violáceos, y de otros incontables colores, que no podemos imaginarnos siquiera, porque se componen de elementos distintos de los de las siete fajas de nuestro iris. Algunos mundos sólo tienen una inacabable noche: otros viven en un día invariable. La luz que ilumina á algunos sería capaz de fundir nuestro globo en un instante; á otros no llega el calor ni la luz de sus remotos soles, á los que ni distinguen siquiera. Y en todo esto, en tan incontable y tan incomprensible creación, no hay un solo átomo en reposo, todo se mueve, todo gira sin cesar; y ni un solo grano de materia pierde su camino ni se desvía de su rumbo, ninguno extraviándose viene á romper el equilibrio exactísimo de toda la creación.... ¡ Señor Señor! ¡ qué inmenso es tu poder! ¡ Oh Dios poderoso! nosotros creemos, adoramos nosotros.

Hay algo, sin embargo, más bello y más grande que esa lluvia deslumbrante de as-

tros luminosos, que toda esa creación y sus incontables maravillas. Hay algo más noble y sublime, y ese algo, ¡admiraos! sois vosotros mismos, sí, nosotros, las criaturas humanas! nosotros, que tenemos en nuestro seno una centella de fuego divino, una chispa de la Divinidad, con la que amamos y elegimos, con la que entendemos y recordamos; nosotros, sí, hechos á la imagen de Dios y redimidos con la sangre de Jesucristo, que poseemos una alma inmortal y un cuerpo que resucitará en el día postrero de los tiempos para no morir jamas!

¿Habéis visto vuestra alma cara á cara? ¿Alguna vez la habéis interrogado sobre sus facultades sorprendentes? ¿La habéis preguntado cómo ama y cómo piensa? El pensamiento, asombrador abismo, donde caben el pasado, el presente y el futuro, adonde podéis encerrar á la creación entera: grande como el espacio, en él también pueden girar mundos y mundos sin llenarlo. La pupila de nuestro ojo contiene en su pequenez los más grandes objetos sin llenarse; así el pensamiento, pupila moral de nuestra alma, lo más amplio puede abarcarlo sin fatiga. Venero indeficiente de

nuestras ideas, de él brotan continuamente sin agotarlo. ¡No podemos saber, no sabemos lo que es pensar; pero es algo sin duda muy bello y muy grande!

¿Y recordar? ¿Habéis penetrado alguna vez en esas misteriosas cavernas de la memoria? Grutas sin fondo, más fácil sería descender al húmedo lecho del Océano que escudriñar sus senos recónditos. Allí, como en vastas galerías, están colocados todos los recuerdos de nuestra existencia. Allí, en aquel fondo sombrío, están depositadas las tristes memorias de nuestras decepciones, de nuestras debilidades y de nuestras amarguras: de allí es de donde la infatigable conciencia toma los hilos para tejer el torcedor de nuestros remordimientos. Como más lejos, pero en profundidades mejor iluminadas, allí están también nuestros más bellos y conmovedores recuerdos, las primeras palabras que balbutimos, las caricias y los primeros consejos de nuestras madres, las blancas ilusiones de nuestra infancia, nuestros juegos de niños, nuestros afectos de familia santas primicias del amor, y nuestras primeras oraciones, vagidos instintivos de la fe. La memoria con sus ho-

rizontes inmensos y sus lejanas perspectivas, sólo puede ser menos bella y menos admirable que la voluntad, ésta como omnipotencia del hombre, sello inmortal de su divino origen.

¡Oh prodigio inexcrutable! Los astros siguen sin desviarse un punto el camino que les trazó su Creador. Los seres obran según su naturaleza y para los fines que fueron criados, y sólo el hombre puede seguir libremente la órbita que le está demarcada. Dios al prefijársela no quiso que fuese arrastrado por ella, sino que conociéndola, por su propio impulso la siguiese. La libertad con la que el hombre se hace por sus buenas acciones acreedor de Dios en cierto modo, es la dádiva más digna, por decirlo así, de un Dios todo bondad y todo amor, y la que más altamente revela que nos hizo á su imagen y semejanza.

El amor es el timón mágico de esta facultad milagrosa. La caridad es la reguladora de esta excelsa dote, donde se encierran los gérmenes de nuestra dicha ó de nuestra desgracia eternas. La caridad, cennella del amor divino, sería capaz de abrazar el mundo entero sin consumirse. Ella

enciende los afectos de la familia, el amor de la patria, y el de la humanidad toda, sin debilitarse. Su extensión y su energía no puede la razón humana medirlas, ni aun calcularlas. Nuestro corazón, tan pequeño como lo véis, no es sólo capaz de amar á Dios, sino que ha sido criado expresamente para El, todo para El y para El tan solo. ¡Qué inmenso sol de fuego es el amor!

El mundo moral es mucho más elevado y bello que el universo físico. La luna con sus calcinadas montañas, el sol con su fósfera resplandeciente, los lejanos astros con sus pesadas moles y sus raudos giros, no valen lo que una alma sola con su voluntad, su entendimiento y su memoria. Nosotros, sin saberlo, llevamos dentro de nuestro propio sér un tesoro inestimable; sin reflexionarlo somos los portadores de un mundo prodigioso de maravillas. Si pudiera verse el alma dentro de nuestro pecho, como se mira un objeto precioso á través de una cubierta de cristal, no podríamos sin desmayarnos, contemplar tanta grandeza. Llenos de azoramiento caeríamos sin sentido al verla claramente.

Nuestra impresión entonces podremos